



ISSN: 1794-1741

Año 26, n.º 22/ Febrero de 2023

Por caminos de **Renovación** y **Restitución**

Noviciado San Luis Bertrán de Colombia



Catellus



Revista Catellus

Por caminos de Renovación y Restitución
ISSN: 1794-1741
Año 26, número 22 – Periodo 2022
Tamaño carta (21.5 x 28 cm)
N° de páginas: 38

Editor

© Derechos reservados
Provincia de San Luis Bertrán de Colombia
Noviciado San Luis Bertrán de Colombia
Frailes Dominicos
MMXXIII

Fr. Franklin Buitrago Rojas, O.P.

Prior Provincial

Fr. Fernando Eleazar Piña Montañez, O.P.

Maestro de novicios

Fr. Ariel Calixto Castellanos Sánchez, O.P.

Socio del maestro de novicios

Consejo editorial

Noviciado San Luis Bertrán de Colombia
Fr. Jeison Steven Bolívar Quiñónez, O.P.
Fr. Sergio Stiven Leal Mesa, O.P.
Daniel Sierra Ocampo

Dirección: Fr. Sergio Stiven Leal Mesa, O.P.

Diseño y diagramación: Patricia Estupiñán

Recursos de diseño: Freepik

Corrección de estilo: Patricia Estupiñán Fino y
Lic. Laura Nataly Vargas Sánchez

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización.

Todos los derechos reservados conforme a la ley.

ÍNDICE

Presentación

Editorial

8

Restituir la confianza luego del COVID-19

12

A vino nuevo, odres nuevos:
la escasez de vocaciones en las
últimas dos décadas

17

“Hay futuro, si hay verdad”:
por los caminos de la búsqueda de la
paz y de la renovación en Colombia

22

ESPECIAL: MÁRTIRES DE LA
ORDEN

23

“Las balas me darán el grito de
victoria”

28

“Sor San José”, hija predilecta de
Domingo

31

Un alma, un corazón, una respuesta:
una vida eterna

PRESENTACIÓN

Por: Fr. Carlos Mario Alzate Montes, O.P.
Prior del Convento de Nuestra Señora del Rosario - Chiquinquirá



El *pequeño resto*, así quiero llamar a los dos hermanos novicios que con entusiasmo y persistencia siguieron el año de iniciación previo a los votos religiosos y han querido que escriba esta sencilla presentación de sus primeros pinitos como escritores en nuestra bienamada Orden de frailes Predicadores y en el escenario de la revista del Noviciado San Luis Bertrán.

Fr. Jeison Steven ha querido abordar un tema que no por trillado, sigue teniendo un impacto enorme en la medida en que cada día se descubren las secuelas y los efectos que a corto, mediano y largo plazo, va teniendo la pandemia del COVID-19 que a finales de 2019 comenzó a asolar el mundo y que desde entonces no ha dejado de sembrar dolor y muerte por doquier. Es más, la

aparición de nuevas cepas y el temor de que nuevas enfermedades con características similares, desvelan a los científicos y ponen nerviosos a los gobiernos y a los centros económicos del mundo.

Lo hace no con los ojos del sociólogo, del financiero o del político, sino desde la fe; en efecto, la crisis sanitaria con sus efectos dañinos, que sacude el tablero mundial solo puede ser superada si recuperamos la confianza, en nosotros mismos y en la fraternidad que nos identifica a todos por encima de las barreras culturales e ideológicas y como base de esa nueva ecología social de la que habla tanto el papa Francisco, una espiritualidad que ponga la mirada en el creador que sostiene con su Providencia el universo y en su Hijo Jesucristo, que con su muerte en la cruz, nos ha dignifi-

cado como hijos de un mismo Padre y herederos de una promesa de eternidad.

En esa misma línea, pero desde una perspectiva eclesial, fr. Sergio Stiven afronta la crisis vocacional que aqueja tanto al clero diocesano como a los religiosos y con estadísticas en mano demuestra la disminución acelerada de nuevos candidatos, el envejecimiento de los actuales y las perspectivas sombrías de cara a los retos de una evangelización que no da espera.

Las causas de tal estado de cosas son múltiples y discutibles, pero una cosa sí es aceptada por todos y es el hecho de estar frente a una sociedad postmoderna en la que instituciones milenarias y valores intocables, están ahora bajo el fuego cruzado del relativismo y la contestación. Una realidad que desafía nuestra imaginación y que exige, sin demora, apelar a un nuevo lenguaje y una nueva formulación de la Verdad de la Buena Noticia, como en tiempos de Pablo frente a la cultura grecorromana imperante.

El futuro no lo podemos adivinar, pero sí lo ponemos prevenir si desde ahora los creyentes, iluminados por el Espíritu Santo, nos atrevemos a conversar con el mundo tecnológico y pluricultural, sin complejos y sin temores, haciendo de la oferta de salvación, un mensaje creíble, coherente y desafiante para muchos que hoy buscan, en esta selva de consumismo y banalidad, un

sentido que rescate lo más valioso y duradero del ser humano.

En otra orilla, Daniel, que por razones estrictamente familiares debió sacrificar por un momento su opción de vida, nos ofrece una lectura serena y apacible del proceso de paz que desde hace se viene formulando en Colombia y que no ha logrado superar el conflicto interno que por más de cinco décadas azota a esta martirizada nación, degradándose cada día más con el ingrediente perverso del narcotráfico.

Con el optimismo envidiable de un joven de veinte años, el autor pone la lupa en los trabajos de la Comisión de la Verdad que desde 2016 ha venido investigando las causas y los protagonistas de la guerra civil no declarada que desangra a Colombia, en aras de encontrar la verdad y aspirar a la reconciliación y a la reparación de las víctimas, sean del bando que sean y remata su reflexión con un guiño a la paz total que el gobierno de Gustavo Petro ha propuesto como plataforma y columna vertebral del primer gobierno de izquierda que ha tenido el país en sus 200 años como República.

Se cierra esta edición de CATELLUS con tres crónicas amenas y dramáticas de tres martirios padecidos durante la guerra civil española en lugares y momentos distintos, pero con un común denominador, los tres fueron miembros de la familia dominicana, uno como laico, otro como

novicio y la otra como monja de clausura y en los tres casos, el odio a la fe y la intolerancia religiosa, los hizo dignos de los altares como beatos de la Orden dominicana, semilla fecunda que hoy, como en los primeros siglos y caída en tierra buena, no queda estéril, sino que está llamada a dar muy buenos frutos.



EDITORIAL

Formandos y formadores: un discipulado continuo

Por: Fr. Fernando Piña, O.P.
Maestro de novicios 2022



Nuestro camino de fe como Iglesia en América Latina y el Caribe se expresa en el documento de Aparecida como el descubrimiento permanente de una dimensión discipular. Pasados unos años, tras nuevas situaciones y contextos del mundo actual, la invitación del documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe sigue siendo un signo profético de la dimensión discipular para la Iglesia y dentro de esta: la Orden de Predicadores, recordándole su misión apostólica en los distintos campos de una amplia mies que necesita operarios idóneos.

La formación de los frailes predicadores es una tarea minuciosa que requiere atención, aprendizaje, experiencia, adaptabilidad, carisma y trabajo en

equipo para ser un maestro y discípulo permanente, atento a los cambios de los tiempos, de las personas y situaciones. No se equivocaban las primeras constituciones de la Orden que pedían: *se procure de un maestro de novicios diligente, que les instruya y les enfervorice. Si se portasen negligentes en cuanto sea posible corregirlos y proveerles de las cosas necesarias. Enséñeles a ser humildes, según aquello: "aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón".*

Las condiciones de un formador idóneo para los novicios no son las más ideales en la actualidad. En los ambientes eclesiales y culturales de nuestro tiempo no es algo fácil, pero se buscan perfiles de religiosos que tengan la disposición y voluntad de asumir dicho reto. Afortunadamente hay criterios en la Orden, inspirados por Gracia Divina, que iluminan y benefician a las dos partes integrantes de ese acto sucesivo que representa la formación.

Si bien, los formandos son los que se benefician de un formador bien logrado, la realidad es otra, puesto que un formador no está prefabricado, sino que se va elaborando en el tiempo con la actitud y disposición mediante

la experiencia, la ayuda de los hermanos, la consecución de la virtud, la sabiduría, la paciencia, la humildad y la gracia del dominio propio. Así las cosas, es el formador quien más se beneficia y aprende de las riquezas y fragilidades de las nuevas generaciones.

Aunque se hable de una generación de cristal en los distintos ambientes formativos, por mi parte siempre vi en los formandos un conjunto de riquezas llenas de ilusiones, dones y talentos que ponen a disposición del Señor. La verdad uno se queda contemplando en la mayoría de los casos las destrezas que poseen estos jóvenes. Sin embargo, hay que reconocer que en contadas ocasiones encontré algunas resistencias: les cuesta aprender el lenguaje del otro, comprender que a veces en el hermano está la razón e incluso algunas veces en el formador. En algo estaría de acuerdo en llamar a esta generación «de cristal» en cuanto que se encuentra transparencia en su ser, pero además requiere flexibilidad para desarrollar el sentido común y aprender que no todo ha de ser con la precisión exacta y a veces exagerada que piden los formandos de hoy. Es un aprender juntos.

Hoy para ser maestro se requiere ser un continuo y atento discípulo, un hermano mayor que sabe integrarse a la sed que los jóvenes tienen de fraternidad y oración; se requiere tener paciencia con

ellos y saberles corregir no en cualquier momento, sino en el más adecuado con prudencia y caridad, acompañando su proceso de forjar la tolerancia consigo mismos y con sus formadores, ya que la formación interior humana, espiritual y comunitaria es un proceso dialéctico donde aprendemos juntos de las virtudes y deficiencias sin llevarlo al plano de la crítica quejumbrosa, y sí al afrontamiento personal antes que al común desde la serenidad y una sana firmeza para construirnos mutuamente.

Durante los años de formación, me llena de gozo saber que el mayor beneficiado he sido yo. He aprendido en el proceso a esperar, confiar, gozar, amar y vivir la formación, y en ocasiones saberla padecer. He sido consciente del valor del momento oportuno, contar con el consejo del socio y la palabra del superior para buscar el camino más adecuado y así saber hablar, acoger y orientar. En últimas, gracias, Señor por el don de las vocaciones, aunque parezcan pocas son un tesoro y en ellas confiamos, porque si se saben responsabilizar de sí mismos, si se saben conocer y aceptar, amando a la Iglesia y la Orden, sabrán crecer en un ambiente de honestidad y de esfuerzos como verdaderos discípulos del Señor, según el modo ideado por Santo Domingo de Guzmán.



RESTITUIR LA CONFIANZA LUEGO DEL COVID-19

Por: Fr. Jeison Steven Bolívar Quiñónez, O.P.

Ya han pasado cerca de tres años desde que la Organización Mundial de la Salud anunció el primer brote de enfermedad por coronavirus (COVID-19) notificado por primera vez en Wuhan (China) el 31 de diciembre de 2019.

En todo el mundo fue ordenado el cierre de establecimientos co-

merciales y públicos, como también las iglesias, aeropuertos, fronteras y carreteras. En Colombia, este aislamiento preventivo, confinamiento o como comúnmente se le dice “cuarentena” inició el 25 de marzo del año 2020. Muchas de las costumbres se vieron envueltas en el cambio, el distanciamiento físico y social y las obligaciones y actividades a

las que estábamos acostumbrados dieron un giro de 180 grados.

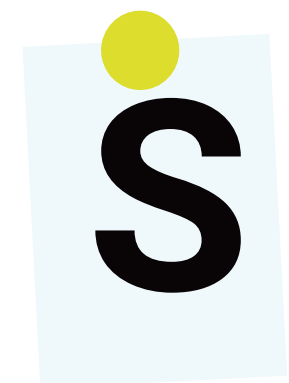
El cambio de mentalidad, los profundos cuidados sanitarios, las crisis económicas y políticas pusieron en evidencia la fragilidad de la humanidad. Quizás en muchos de nosotros aparecieron algunas preguntas: ¿cómo enfrentar esta nueva vida?,

¿qué hacer para no contagiarse y no contagiar a los otros?, ¿cómo asumir el diagnóstico de una enfermedad de la cuál muchas personas en el mundo estaban muriendo?, ¿cómo afrontar la muerte de un ser querido sin ni siquiera tener la oportunidad de darle el último adiós?, ¿olvidamos tan rápido las consecuencias de la pandemia? Ya que el ser humano es un ser dotado de razón, busca encontrar aún más razones en todo lo que le sucede. Definitivamente, este gran acontecimiento desestabilizó el mundo posmoderno. La casa común, como la denomina el papa Francisco, estaba empezando a “clamar por el daño que le estábamos provocando a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella”.

No podemos olvidar que las cifras y porcentajes de violencia intrafamiliar, suicidios, violencia contra la mujer y pobreza, aumentaron de una manera significativa. Según los resultados de una encuesta hecha en trece países, “una de cada dos mujeres informó que ella o una conocida suya experimentaron alguna forma de violencia desde que empezó la pandemia”. A través de un informe el Observatorio Colombiano de las Mujeres reveló que, en “los indicadores de marzo y abril del 2020 se registró un aumento de llamadas efectivas a la línea de atención de violencia en un 142% con respecto al año 2019, esto independiente que la víctima fuera hombre o mujer; sin embargo, llama la atención que el observatorio señala, que tanto en los datos del 2019 como en los del 2020, más del 90% de las llamadas por violencia intrafamiliar fueron realizadas por mujeres”.

Tampoco podemos pasar por alto las crisis emocionales, los traumas psicológicos, la depresión y la ansiedad que son factores que han hecho que el ser humano sea más vulnerable en este tiempo pospandemia. El suicidio ha sido una de las causales que muchos toman como sentido de escape. El atentar contra la propia vida es la mejor solución a estas cuatro paredes sin salida.

Pero aún en situaciones extremas, los seres humanos nos caracterizamos por nuestra capacidad de resiliencia. Es así como



muchos empezaron a hacer uso de diferentes medios para subsistir. El comercio, los cultos, los conciertos, la educación y el trabajo en general pasaron a otra estancia. Muchos hogares aprendieron a ser resilientes, ya que los momentos de pánico, estrés y situaciones traumáticas que, inclusive llevaron a varias personas a atender contra su vida o la vida de los otros, nos enseñaron a descubrir el mundo de la versatilidad y a buscar alternativas para seguir adelante con la segunda oportunidad que nos estaba dando la vida.

Para devolver la confianza al mundo después del COVID-19 es necesario partir de la confianza en Dios. No se puede devolver la confianza a un mundo que está sumergido en el consumismo, en el que todavía se encuentran crisis existenciales, dolores profundos y heridas que no han sido sanadas. En estos tiempos posmodernos concebimos la fe de una manera unilateral, en la cual el creyente se limita simplemente a profesar un credo, hacer presencia de cultos religiosos o sencillamente creer en Dios.

Indudablemente, estos son aspectos que corresponden al círculo de la fe, pero no encierran todo lo que concierne a esta virtud teológica. Hemos descuidado una parte fundamental que gira en torno a nuestra vida de fe, como es el encuentro personal con Cristo. Sin tener una experiencia con Cristo no podremos transmitir el amor que él tanto nos enseñó ni la mi-

sericordia que derramó. La predicación hoy se torna dudosa porque el mundo se encuentra con predicadores sin experiencia de Cristo, predicadores que les falta humanidad y, por consiguiente, espiritualidad. Nuestro padre santo Domingo fue capaz de vender sus libros, porque muy seguramente había experimentado el Cristo sufriente y misericordioso, ¿a qué estamos dispuestos hoy a renunciar para asemejarnos a él?

De esta forma, devolveremos la confianza al mundo con la certeza de que nuestra vida, en primera medida, habrá pasado por la experiencia de Cristo. La



“Para devolver la confianza al mundo después del COVID-19 es necesario partir de la confianza en Dios. No se puede devolver la confianza a un mundo que está sumergido en el consumismo, en el que todavía se encuentran crisis existenciales, dolores profundos y heridas que no han sido sanadas”.

confianza se devuelve a base de amor, a base de fe. Al mundo le hace falta otro tipo de fe. Una fe que nos lleve a rendir nuestra plena confianza a Dios, con la seguridad de que saldremos adelante en medio de tantos caminos sin salidas. Depende de una relación próxima y cercana con Dios como la tuvo Jesucristo en el momento que sintió miedo cuando su vida iba a terminar pendiendo en una cruz. Es la relación que nos lleva a decir: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, con la certeza de que después vendrá la resurrección, es decir la Pascua.

El que viene a nuestro encuentro no solamente encuentra el vacío de una falta de experiencia de Cristo, sino también con acciones altruistas que simplemente buscan un interés propio o más bien, ganar seguidores a punta

de obras sin sentido. Hoy las redes sociales se han convertido en lugares de escape donde nos interesa saber más acerca de la vida de los otros que la nuestra. Cuántas sonrisas en muchos perfiles no son verdaderamente ciertas o mejor, ¿cuántas de esas sonrisas viven una vida a plenitud donde reine la felicidad y el amor?

En esta sociedad prima la adoración al placer y el horror al dolor, al sufrimiento a la enfermedad. Hemos pasado por alto lo positivo que estos padecimientos producen en nosotros, en nuestras vidas. Estos aspectos son inherentes al ser humano y hacen parte de nuestro propio crecimiento y desarrollo. Si bien es cierto que en las enfermedades encontramos muchas limitaciones no dejan de ser un motivo para superarnos y volvernos más fuertes. Por más que creamos en Dios y tengamos una fe firme y situada, vamos a pasar por estas realidades. La persona de Cristo, en el tiempo que estuvo en la tierra, fijó su mirada en los más vulnerables: enfermos, pobres y pecadores.

La enfermedad, el dolor y el sufrimiento son una realidad para el ser humano y aunque no la queramos, está allí y tiene de por sí, carácter formativo y escatológico. Formativo porque genera en nosotros valentía, comprensión y nos ayuda a humanizarnos más. Una de las virtudes a la que hemos podido sacarle provecho en la pandemia hasidolasolidaridad.Escatológico

porque nos asemeja al dolor y sufrimiento de Jesucristo que no se quedó simplemente en estos padecimientos, sino que estos lo llevaron a sentarse en el trono celestial, lo llevaron a la resurrección.

No basta solo una experiencia de Cristo, sino también una obra humanizante que salga al encuentro del que tenemos al lado. La obra de Cristo en la tierra fue humana gracias al Espíritu Santo que obró en la sierva del Señor. Recibió de María su aspecto corporal y de esta forma, fue como tuvo apertura hacia los otros, obrando milagros en ellos. Sólo con una actitud humana Jesús le devolvió la esperanza y por consiguiente, la confianza a muchos, porque tuvo la capacidad de acercarse a ellos y los sanó. Aquí traigo a colación el pasaje de la hemorroísa, que para la época era considerada una mujer impura; sin embargo, el hijo de Dios rompió todo tipo de ley que impedía acercarse a alguien impuro. En ocasiones la religión nos aparta de hacer el bien, la ley nos impide acercarnos a los otros, aun sabiendo que los religiosos fueron los que subieron a Cristo al madero.



A VINO NUEVO, ODRES NUEVOS: LA ESCASEZ DE VOCACIONES EN LAS ÚLTIMAS DOS DÉCADAS

Por: Fr. Sergio Stiven Leal Mesa, O.P.

“Entramos sin conocernos, vivimos sin amarnos y morimos sin llorarnos”.

Fr. Pablo García Escudero, O.F.M.



La vocación a la vida consagrada es un don divino que el Señor otorga a hombres y mujeres que, en medio de sus limitaciones, responden a las situaciones álgidas de su tiempo. No obstante, el panorama ha sido poco alentador en los últimos veinte años: el número de religiosos, seminaristas y sacerdotes ha decrecido de manera considerable.

David M. Cheney (2022), reconocido estadista en el Iglesia católica, realizó un barrido generacional sobre el número de sacerdotes y miembros de cada comunidad religiosa en decadencia, siendo los jesuitas los más afectados con un decrecimiento del 59%, pasando de ser unos 35.000 en su época dorada a unos 15.000 religiosos aproximadamente, a pesar de ser el papa Francisco un religioso jesuita. Cheney ubica la Orden de Predicadores en el quinto lugar con un déficit cercano al 50%, logrando su pico más alto en la década de los 60 con un poco más de 10.000 frailes, en comparación a los tiempos presentes con un aproximado de 5.800 frailes.

El panorama en el clero diocesano tampoco es confortante. Así lo indican las cifras dadas por el periodista José Mojica, en un reportaje que realizó este año para el diario colombiano El Tiempo. Si para el año 1990 eran 5.450 seminaristas diocesanos por todas las 82 diócesis y arquidiócesis del país, en el 2020 solo habían 2.424. Es preciso aclarar que es-

tas cifras fueron suministradas por el padre Manuel Vega, quien es el director del Departamento de Vocaciones de la Conferencia Episcopal de Colombia.

Sin ir demasiado lejos, el número de novicios dominicos en Colombia ha disminuido a grandes pasos, sobre todo en los últimos cinco años. El Santuario Mariano Nacional de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá se engalanaba a inicios del nuevo milenio con la presencia de 24 y hasta 30 frailes novicios, quienes daban inicio a su vida religiosa a los pies de la Virgen. Ahora, la presencia de tan solo tres frailes ha suscitado cantidad de comentarios desoladores sobre el panorama vocacional en estos tiempos. ¿Será

culpa del sistema de formación en los seminarios y comunidades religiosas o el pensamiento de los jóvenes ha evolucionado y no desean invertir su tiempo en una institución arcaica?

Después del gran fenómeno de la ilustración y la reforma del Concilio Vaticano II, los jóvenes católicos no son ajenos a las características de su época: una sociedad frágil, mediática y poco comprometida. De ahí que se haya fortalecido el famoso adagio que acompaña las conversaciones de los jóvenes y ancianos consagrados en sus comedores: “en la vida religiosa entramos sin conocernos, vivimos sin amarnos y morimos sin llorarnos”. Ortega y Gasset ya lo proclamaba cuan-



do afirmaba que el ser humano es un “yo soy yo y mis circunstancias”, puesto que las decisiones personales están condicionadas tanto por el mismo individuo como por las particularidades del contexto.

El papa Francisco, en su discurso a los sacerdotes y religiosos de Colombia en el Centro de Espectáculos la Macarena (2017), afirmaba que la escasez de vocaciones en los jóvenes de la actualidad es una frase que le suena a “cuento chino”, pues las nuevas generaciones no han apagado su sed de Dios y el deseo de realizar grandes obras por los demás.

La historia de la vida consagrada ha dado cuenta de ello, suscitando el Espíritu Santo desde el siglo IV hasta la fecha, la vida hombres que se retiraron a las montañas para vivir su experiencia de oración de forma más radical, hombres y mujeres que se internaron en monasterios para vivir en comunidad sin contacto con el mundo, las comunidades religiosas de vida apostólica y los diferentes grupos laicales que apuestan por una vida en Dios desde su cotidianidad. Entonces, ¿qué ocurre?

Para empezar, esta generación de cambios vertiginosos tiene conflicto entre los estudiosos para

ser delimitada y nombrada. Algunos la clasifican en las generaciones X, Y y Z, mientras que otros prefieren hablar de la época de la revolución digital. A su vez, diversos gremios intelectuales la refieren como modernidad líquida, generación de cristal o generación de la alfabetización emocional. Pero todos ellos coinciden en tres rasgos esenciales que

aportarían ciertas luces al problema en cuestión: en primer lugar, es evidente que el modelo de familia es diferente en comparación al esquema tradicional de hace muchos siglos; segundo, el estudio y estilo de vida giran en torno al consumo; tercero, son altamente dispersos y relajados, ya que sus

pequeños esfuerzos les parecen grandes hazañas.

Se puede hacer una lectura de la vida de estas generaciones como personas consagradas a un Dios *light*, deseosos de hacer muchas cosas, pero con el mínimo esfuerzo e interesados por realizar pastorales al aire libre. De ahí que muchos de sus miembros prefieren dedicar sus jornadas en gustos personales o llevar una realidad virtual paralela, antes que enfrentarse a la estructura de sus conventos y las exigencias que implica una vida comunitaria.

“Más que discursos altivos y cifras decorosas, hay que apostar por el verdadero testimonio que refleje a Cristo en las mismas acciones que demanda el mundo.”



Todo esto ha llevado a perder las posibilidades de profundizar y navegar en las azuladas y cristalinas fuentes carismáticas del Espíritu, donde el vivir es una fiesta y el amor, la experiencia máxima de la inmortalidad, pues el gozo desborda, pese a la plena conciencia de que todo mérito requiere de esfuerzos, dolor y sacrificios. De lo contrario, la vida religiosa sería el “escampadero” oportuno para un materialismo práctico, donde la falta de experiencias de Dios en los seres humanos conlleva cada día a vivir sin caridad y a morir lentamente en el desinterés.

Adicional a ello, la relajación de los religiosos queda clara en la falta de promoción vocacional, puesto que no se interesan en salir a buscar las vocaciones, en difundir el Evangelio y echar las redes en el vasto océano de las periferias geográficas e ideológicas (EG, 30) y prefieren seguir esperando a que el joven interesado llegue a tocar las puertas del

convento o del seminario. Muy bien lo ha insistido el papa Francisco a lo largo de su pontificado con diferentes textos escritos a la Iglesia.

Una salida a estos problemas ya se contemplaba en el Vaticano II cuando los padres conciliares manifestaban la necesidad de volver la mirada hacia las fuentes fundacionales (PC, 2), visión que debe renovarse con la itinerancia en este nuevo mundo globalizado y digital. Esto no quiere decir que los encargados de la formación y promoción vocacional añoren y se propongan restablecer los tiempos pasados, sino más bien restituirlos conforme a las circunstancias sociales y culturales del presente. En palabras del papa Francisco, ser “callejeros de la fe”.

Esto conlleva, necesariamente, cambiar ciertos aspectos del estilo de vida religioso, puesto que se vive en comunidad, pero la preocupación primordial son los asuntos personales y no el inte-

rés y compasión por aquello que aqueja al hermano. El Señor sigue llamando. Son los diversos estilos de vida consagrada que podrían estar fallando en la promoción de vocaciones y no estarían preparando el terreno para acompañar a estas generaciones complejas. Quizá el *quid* del asunto sea hacerlos madurar, pero para lograrlo se requiere paciencia: los jóvenes necesitan hablar, necesitan ser escuchados; no para que se les programe, sino para motivarlos a salir adelante por su propia cuenta.

Las nuevas generaciones evaden el dolor y desarrollan desinterés por el bienestar y la alegría de los mayores, aunque esto también implica apertura de los viejos: ser conscientes de que el mundo no es como a ellos les tocó, es tener las cosas, pero enseñarlas a manejar en clave del amor. He ahí dos puntos esenciales: enseñar el amor en comunidad desde la verdad, y brindar confianza para que los candidatos se abran al proce-



so, confíen en su comunidad y no busquen refugios alternos. Más que discursos altivos y cifras decorosas, hay que apostar por el verdadero testimonio que refleje a Cristo en las mismas acciones que demanda el mundo, sabiendo que no son para gloria propia, sino en clave de la construcción del Reino de los cielos desde la misma tierra.

Jesús llama a la vocación incluso en los peores momentos. Prueba de ello es el surgimiento de diversos institutos laicales y movimientos apostólicos que, luego de haber conocido la riqueza de la vida consagrada, optan por llevar una vida más comprometida desde sus escenarios familiares o comodidades personales. Aun así, queda el sinsabor en por qué no optan por una decisión más radical e ingresan como religiosos. Cualquiera que sea la respuesta, es claro que al final, el futuro de la Iglesia será el que Dios quiera.

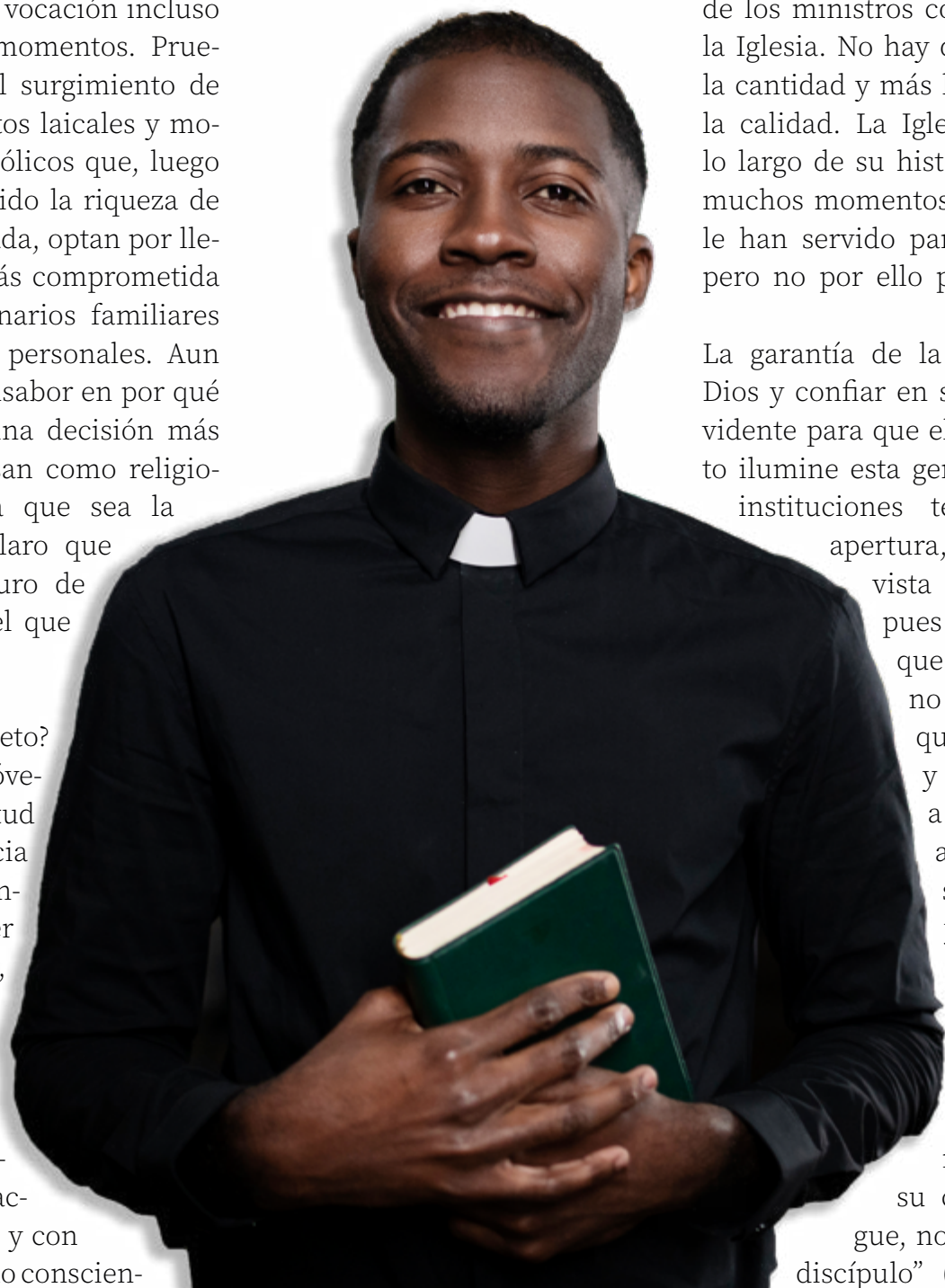
¿Cuál es el reto? Vincular a los jóvenes con inquietud vocacional hacia apostolados concretos, no hacer cosas estáticas, invitarlos a caminar, a propósito de este sínodo de la sinodalidad, llevar a Jesús en actitud de oración y con paciencia, siendo conscien-

tes de que toda vocación nace por voluntad divina y Dios no deja de suscitarlas en la sociedad.

Esta también es una invitación a toda la Iglesia, puesto que es tarea de todos formar y promover las nuevas vocaciones, ayudando a los encargados directos de la formación a crear redes de

apoyo interinstitucionales para que los jóvenes puedan contar con profesionales cualificados en las diferentes dimensiones del ser humano, pero, ante todo, generar vínculos de fraternidad con ellos, haciéndolos partícipes y principales responsables de su proceso de discernimiento. No se trata de romantizar la cuestión o contemplar estos tiempos de escasez vocacional como el fin de los ministros consagrados en la Iglesia. No hay que temer por la cantidad y más bien apostar a la calidad. La Iglesia católica a lo largo de su historia ha vivido muchos momentos de crisis que le han servido para purificarse, pero no por ello para acabarse.

La garantía de la fe es orar a Dios y confiar en su acción providente para que el Espíritu Santo ilumine esta generación y las instituciones tengan mayor apertura, sin perder de vista el Evangelio pues “cualquiera que venga a mí y no me ame más que a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo” (Lc 14,26-27).



“HAY FUTURO, SI HAY VERDAD” POR LOS CAMINOS DE LA BÚSQUEDA DE LA PAZ Y LA RENOVACIÓN EN COLOMBIA

Por: Daniel Sierra Ocampo

En nuestra patria colombiana han transcurrido miles de llamados, acuerdos, acercamientos, procesos, diálogos y negociaciones alusivas a la paz y al cese de la violencia que, en algunos casos, no han llegado a una consecución asertiva por las partes negociantes y que, en otros, como el que actualmente pondera el tema, se ha ido cumpliendo y cada uno de sus objetivos se ha ido implementando en los campos en que aquel conflicto armado ha ido dejando huella imborrable y herida que no cicatriza.

Las barbaries se fueron dejando pasar en silencio, por más de cincuenta años, pero ahora han levantado su voz y no se han dejado amedrentar por el miedo. Gritos como “¡paren la guerra! ¡párenla ya!” “¿Quién dio la orden?”, han permitido buscar respuesta para comprender los daños causados a la vida, la democracia, la sociedad y la cultura. Se ha comprendido que la guerra no es simple, que los actores armados definen ello bajo sus propios intereses criminales, que el origen y continuación de la guerra deviene de la carencia del valor ético sobre la persona humana que daña todo lo que toca: a los agredidos y a los que agreden. La defensa armada siempre pide más, nunca menos. Y ello destruye, derrota, declina, destituye la dignidad y desbarata un entorno.

Desde el año 2016, la Comisión de la Verdad, que ha acompañado el reciente acuerdo de paz entre el Estado y las denominadas FARC, en su informe final entregado el pasado 28 de junio de 2022, presenta un detallado resumen alusivo a los hechos violentos acaecidos en Colombia durante seis décadas de conflicto armado interno, que se centran en el reconocimiento de los hechos, el encausamiento de los juicios pertinentes y una serie de recomendaciones para la NO repetición de estos hechos de lesa humanidad. El título de este artículo lleva por nombre el título del informe final: hay futuro, si hay verdad.



El informe del cual se habla contiene cuatro pilares: el efecto del proceso de investigación rigurosa sobre las graves violaciones a los derechos humanos, el enfrentamiento al pasado violento como proceso de reconocimiento, un modo del relato y proceso histórico del conflicto armado en Colombia y el reconocimiento del dolor colectivo por los sucesos acaecidos en las últimas décadas.

Aquello contiene una palabra de verdad, un mensaje de dolor y, al mismo tiempo, una palabra valiente que muestra desde el ser humano, herido por la guerra y desde la naturaleza herida, un camino audaz y obligatorio para construir juntos una nación en paz desde las diferencias y un mundo nuevo que llene de alegría a todos aquellos que lo habitan y que dé lugar a la esperanza. Durante cuatro años de escucha, la guerra interna se ha dejado oír en alrededor de 30.000 testimonios tanto individuales como colectivos y también se ha dejado leer en más de 1.000 informes de personas que han sido afectadas de diversas maneras por esta guerra que ha dejado alrededor de 450.000 víctimas entre 1985 y 2018.

A estos trabajos por la paz del país se suma la nueva ley que propone el actual gobierno del presidente Gustavo Petro sobre la 'paz total' en la cual se propone iniciar un proceso de paz con todos los actores armados y poner fin a un conflicto armado de décadas.

“El arquitecto de la paz total”, el senador Iván Cepeda Castro, ha declarado lo siguiente a un conocido diario colombiano sobre la metodología de tal ley: “Es un concepto que no solo implica dialogar simultáneamente con grupos armados ilegales, sino también, de alguna manera, romper con la lógica de lo que han sido los procesos de paz hasta ahora en Colombia ... se entiende como el diálogo entre un gobierno y un grupo armado en una mesa de conversaciones”. Se pretende, de igual manera, que la política de la paz rijan todos los asuntos del país como línea transversal y como “prioritaria en los asuntos de Estado”. De esta propuesta viene el cambio del ‘servicio militar obligatorio’ al ‘servicio social para la paz’ y la posibilidad o no de negociar con desertores del Acuerdo de Paz de 2016.

Luego de conocerse y revisarse esta posibilidad de un nuevo camino hacia la paz, algunos no están de acuerdo con que el Estado y la sociedad ofrezcan “una segunda oportunidad”. Siendo así, ¿qué ocurrirá entonces con tantos paramilitares y guerrilleros que han pasado por tres o cuatro acuerdos de entrega de armas, pero que luego fundan o se suman a nuevos grupos criminales? Tal es el caso de Iván Márquez, quien hace poco sufrió un atentado que lo dejó convaleciente y que ha desertado de más de un proceso de paz, aliándose nuevamente con el grupo paramilitar desmovilizado FARC, según él, por “la traición del Estado a los

acuerdos de paz” en declaraciones dadas en agosto de 2019.

El jurista, González Perafán de la Universidad del Cauca, explica lo siguiente sobre los procesos a un portal informativo: “Esa ha sido la historia de este país en donde varios procesos de paz han fracasado porque no han garantizado la no repetición” y agrega que de eso se trata la paz total: “De brindar las garantías de una estabilidad social y económica para que los jóvenes no vuelvan a las armas; para que no sigan creándose nuevos grupos armados”.

A fin de cuentas, los procesos de paz que se han realizado y actualmente se adelantan en nuestra patria colombiana, buscan restituir tan preciado valor que se ha venido decantando en los fusiles, en la sangre y en el doloroso recordar de tantos desaparecidos, asesinados, mutilados y silenciados por el ansia de poder y aniquilar.

Sobre este tema, los frutos de los diálogos de paz del gobierno anterior, en algo permitieron restituir la confianza, el valor y la subsidiariedad respecto a la larga cadena de injurias contra la dignidad humana que hoy la Comisión de la Verdad presenta luego de un constante y duradero trasegar por los ríos de sangre que tiñeron y dejaron huella en la historia de nuestra nación; y a la par de la ‘paz total’ del gobierno actual se invita a una ‘paz grande’ en que se reconcilie el daño con las partes dañadas para aceptar la verdad, que unos en mayor can-

tividad que otros son responsables de la tragedia, que el otro importa y su herida debe ser ayudada a sanar, que entre todos se construye este ideal, que no haya más impunidad, que hoy no hay derechos para seguir una guerra injustificada y que hay que reconocer que desde las diferencias, es posible construir esperanza y confianza para un mañana mejor.

A mi parecer, el complemento de la ‘paz grande’ es la ‘paz total’, pues en los ideales es justa la acción de aquello que quiere prevenirse para que los incidentes trágicos no vuelvan a repetirse a tal porte. Y en ello es clara la Iglesia católica, pues la Conferencia Episcopal de Colombia (CEC) el 18 de agosto de 2020 manifestó “profunda aflicción y preocupación por las masacres” y hace un llamado a la paz y a la concordia, recordando que la vida humana es sagrada e inviolable, que la violación de los derechos fundamentales causa sufrimiento, miseria y falta de oportunidades. Asimismo, rechaza las acciones y formas de violencia ocasionadas por los grupos armados ilegales, haciendo eco de las exhortaciones del sumo pontífice; convoca y anima al pueblo colombiano a empeñarse en la tarea de la defensa de la vida, la reconciliación y la paz y al Gobierno Nacional a aunar esfuerzos para asegurar la protección efectiva, la atención integral y la implementación de los acuerdos de paz.

Es necesario que todos los bautizados no sean indiferentes ante

los horrores del país, y que defiendan, en medio de la controversia interna de la Iglesia, su legitimidad misma, su credibilidad y su verdad. Para poder llegar a encontrar la paz y la renovación en nuestra tierra, es útil saber nuestro pasado, reconocer nuestro presente y proyectar nuestro futuro en materia de conflictos, para evitar caer en los mismos pasos, cometer errores semejantes y desviar nuestro horizonte que se encamina hacia un ideal de bien común.



“Es necesario que todos los bautizados no sean indiferentes ante los horrores del país y que defiendan, en medio de la controversia interna de la iglesia, su legitimidad misma, su credibilidad y su verdad”.



NOVICIADO

2022

ESPECIAL MÁRTIRES DE LA ORDEN

CRÓNICAS

"LAS BALAS ME DARÁN EL GRITO DE VICTORIA"

Por: Fr. Jeison Steven Bolívar Quiñónez, O.P.

¡Costar mogollón! Son mis padres lo más excelso, porque me han dado la vida. En mis entrañas recuerdo aquella dificultad familiar que se presentó, pero que forjó en nosotros la unión familiar en torno al santo rosario, oración predicada y enseñada por santo Domingo desde el año 1208 con motivo a la herejía que se vivía en los pueblos del sur de Francia. No olvido los momentos familiares con mi padre don Francisco y mi madre María Josefa que nos reunían a todos en un sentimiento común, la fraternidad.

En febrero de 1884, en el día nono, decidí por primera vez dar un salto hacia delante y fue así donde se escuchó, en la sala 210 del hospital de la calle Ricardos, alaridos de este cojón, anunciándole al mundo, a mi madre y a mi padre, que Fructuosito, había llegado para ser un miembro más de la familia Pérez Márquez.

Era el año de las elecciones generales convocadas por el monarca español, Alfonso XII. Con tan solo

meses de nacido mis progenitores decidieron otorgarme el mejor regalo que puede recibir un bebé, el sacramento del bautismo. ¿Por qué es el mejor regalo? ¡Ostia tío! ¿Acaso no sabéis que el sacramento del bautismo nos da el ingreso a la sagrada familia de Dios, nos identifica como hijos suyos y nos inicia en la vida sobrenatural y sacramental? Pues sí, mis padres y mis padrinos como testigos me habían dado la gracia más sublime.

Me bautizaron en la Parroquia de San Pedro Apóstol. No se puede pasar por alto lo espectacular que es su cúpula, llena de hermosísimas decoraciones, donde se resalta la representación del dogma de la Inmaculada Concepción que, a propósito, fue pintado por fr. Juan García en el siglo XVIII, aquel franciscano que resultó siendo confesor de la reina María de Portugal, prometida de Alfonso XI. Llevaba en sus entrañas la advocación de Nuestra Señora, puesto que había recibido esta dádiva de la escuela franciscana donde pertenecía, y que desde

hace varios años había profesado como religioso para la eternidad.

La experiencia del santo rosario fue lo que me llevó a experimentar y a contemplar la vida de Cristo, por su gran valor bíblico y teológico. A ejemplo de santo Domingo de Guzmán y de sus padres, Félix Guzmán y Juana de Aza, nos reuníamos en familia a tener una experiencia de amor y contemplación en torno al santo rosario. Me sabía los misterios de memoria.

De mis padres recibí una sólida experiencia cristiana llena de valores solidarios y caritativos. Con alegría recuerdo la famosa Provincia de Almería, "donde el sol pasa el invierno", aquella que fue testigo de mis pasos desde niño donde, crecí, me formé y recibí el don de la charlatanería. Realmente lo adquirí por mi entorno familiar, ya que muchos eran cuenteros, artistas y periodistas.

Doña Paquita, ahí en la Parroquia de San Pedro Apóstol en la misma calle Ricardos, donde

frecuentaba los sacramentos, fue quien conoció mis dotes para la argumentación y la escritura. Razón por la cual me gusta tanto la comunicación, porque yo sí que era comunicador, sobre todo cuando veía a mis compañeros de colegio pasarse los papelitos por debajo del puesto y saltarse las normas de los exámenes. ¡Liarlo parda! cuantos golpes no me gané por delatar tales delitos. Además, de mi gusto por la escritura y el periodismo, la música fue motivo para seguir los pasos del tío Pérez. El tío Pérez, fue el segundo organista de la catedral de la Encarnación. Majestuosamente, interpretaba el piano, máxime cuando tocaba la sonatina en sol mayor de Beethoven.

Fue así como fueron apareciendo mis cualidades para la música, por eso dicen comúnmente que “el que a buen árbol se arrima, buena sombra lo cobija”. No fui músico de profesión, pero sí llegué a interpretar una que otra obra de Beethoven, Mozart, Vivaldi entre otros, y aunque me gus-

taba el piano, opté por el violín. Juan José Vivas Pérez se iba con-vertir para mí no solo en un referente del arte musical, sino también del arte de escribir, puesto que era el dueño del periódico que con el tiempo pasó a mis manos.

De joven seguí haciendo música, escritura, poesía, cuentos y novelas. El gusto por la filosofía empezó cuando cursé mi secundaria en el seminario menor del pueblo, pues las letras no solo eran mi talento, sino también mi pensamiento. Filósofos como: Sócrates, Platón, Aristóteles y Séneca llamaron mucho mi atención por su manera de pensar y de descifrar la vida.

Un día, saliendo del seminario camino a casa, pasé por el Convento Real de Santo Domingo de Almería, un lugar con un profundo pasado de historias de apariciones de la Virgen,

exclaustraciones y martirio, me atrajo a primera vista porque su puerta principal era de un color blanco y negro añejo y desgastado. Me acerqué a un cierto personaje que a lo lejos reflejaba una sombra oscura, y con una curiosidad imprudente, le pregunté de qué estaba disfrazado y porqué lo estaba. No me respondió, pero sí se presentó con un nombre raro: fr. Gregorio Vera, O.P. Muy amablemente, me preguntó si tenía tiempo y que si quería conocer sobre la Orden de Predicadores, —¿De la Orden de qué? —pregunté. —De santo Domingo, —respondió el fraile. —Claro que sí, —no dudé en decir.

Indagó sobre mi ciudad de origen. Yo le respondí que era de Almería y me soltó otra pregunta. —¿Conoces la historia de la Virgen del Mar? Respondí con un no rotundo.

Con un poco de pena, fr. Gregorio Vera empezó a contarme los años de fundación que tenía

el convento en la Provincia de Almería y luego me habló acerca de la Virgen del Mar. Cuenta la historia que en el año 1502 del mes 12, el día 21 entre la ensenada de Almería, lo que hoy se conoce como Cala del Plomo, apareció rondando entre las olas, una imagen de Nuestra Señora con su Hijo en brazos. Andrés de Jaén, de espíritu mariano, corrió enseguida a gritarle a todos los almerienses que se le había aparecido la Virgen en el lugar de su trabajo, puesto que era el encargado de cuidar la “Torre de García”.

Se contactó con el prior del convento de los dominicos, en ese entonces fr. Juan de Baena, quien se encargó de darle credibilidad a este humilde trabajador y quien recibió la imagen para venerarla en la capilla mayor de la iglesia. Dios había mirado con misericor-

dia al pueblo de la furia roja y sin duda a los dominicos, puesto que la llegada de esta Virgen iba a reafirmar el triunfo del cristianismo frente al islam. La Virgen llegó por misericordia a este modesto costero, quien se encontraba haciendo su ronda como era de costumbre, fue, así como recibió el nombre de la Virgen del Mar.

Con esta historia mi espíritu mariano se fue ensanchando mucho más, ¡cómo era posible que yo siendo un almeriense no conociera tan hermosa historia! Empecé a frecuentar el Convento Real de Santo Domingo, pues los frailes me acogieron con inmensa alegría. Fue así como me hice seglar dominico, no fraile. ¿Qué dijeron?, ¿que esté se iba a volver curita? ¡Pues no! Santo Domingo me hizo parte de su familia, pero no como fraile, sino como terciario de su Orden, ya con mi tío canónigo era suficiente.

Con el tiempo regresé nuevamente a España y con unos cuantos títulos profesionales, decidí hacer parte del diario almeriense “La Independencia” donde juiciosamente empecé a trabajar como periodista, este diario había sido fundado por mi tío Juan José Vivas Pérez en marzo de 1908 cuando yo tenía 24 años. El Diario “La Independencia” se caracterizó por su opinión católica e integrista. Tras la muerte de mi tío, pasé a ser uno de los directores y dueño del diario. Mis escritos fueron de gran utilidad y provecho para muchos que nos leían, el periódico se fue popularizando mucho más, logrando ser uno de los diarios más leídos por los almerienses.



LA INDEPENDENCIA

DIARIO CATÓLICO

ALMERÍA | Año XXI | Núm. 8.995 | Segunda Época | Jueves 7 de Enero de 1930 | Oficinas y Talleres, Eduardo Pérez, 6 | Pagos arrojados | Apartado de Correos núm. 75

Mi tío había dejado un legado grande, muchos de nuestros lectores lo recordaban por su sección sobre la espiritualidad dominicana, puesto que santo Domingo, desde hace mucho había sido muy popular en el pueblo almeriense. Cuando yo tomé en mis manos la dirección del diario, me dediqué a seguir los pasos de mi tío y a fortalecer lo que se había descuidado. Implementé una nueva sección donde escribía un boletín acerca de la Virgen del Mar, maravillosamente este boletín que tuvo mucha acogida en la Provincia de Almería.

Lastimosamente, por su perfil conservador, el diario recibió críticas y ataques por parte de aquellos que pertenecía a diferentes perfiles políticos y corrientes filosóficas de la época. Sin embargo, se mantuvo a pesar de cualquier circunstancia.

Con el pasar del tiempo después de continuar mi devoción y cercanía con la familia dominicana, conocí a mi esposa, María Barceló Toro, quien era hermana de uno de mis empleados del periódico. Nos casamos en 1911 cuando yo rondaba los 27 años y ella 24 años. Dios nos premió con cuatro hijos de los cuales dos de mis niñas fueron religiosas, la espiritualidad dominicana se

encargó de forjar en mi familia un amor de entrega hacía Dios. En la mesa del hogar no podía faltar el rezo del santo rosario y la vida de los santos, especialmente la de los dominicos. María decidió entregar su vida como lo hizo santo Domingo e ingresó a las dominicas de clausura. Ella entendió que una familia donde se respira el rosario de María siempre habrá un amor que sobrepasa todo entendimiento, su amor por Dios sobrepasó todo tipo de entendimiento, por eso se entregó del todo a su esposo que le había demostrado su amor en la cruz.

Con todos los ataques que recibía por el éxito del periódico, entendí que Dios había puesto su mirada en este humilde servidor, eran muchas las conversiones que se habían suscitado con la lectura del diario, muchas personas habían vuelto a la casa del Padre como lo hizo el hijo prodigo.

Un día, el gobernador republicano Isidro Liarte, miembro de la Alianza Republicana quien tomó el cargo en junio de 1932, ordenó cerrar las puertas de “La Independencia”. Las trabas y obstáculos empezaron a crecer en abundancia. Sin embargo, era consciente que no habría fuerza humana que nos hiciese cambiar

el perfil de nuestro diario, “Dios estará con nosotros”. En varias ocasiones, fui detenido por las autoridades civiles, pero gracias a Dios todo se lograba aclarar.

El 18 de julio de 1936 inició una fuerte oleada ideológica para mi amada república española, la guerra civil causada por dos tipos de bandos, los republicanos y los sublevados, estaba tomando fuerza. Con todo esto se desarrolló un desequilibrio a nivel político, cultural, antropológico, económico y social. Aumentaron las controversias entre partidos de la izquierda y la derecha, fue un caos total.

El 28 de julio del mismo año nuevamente fui detenido por las autoridades civiles, por un momento sentí en mi corazón las historias de los apóstoles cuando eran detenidos y martirizados, sentía que Dios me estaba preparando para algo grande. Me llevaron a un lugar oscuro donde lo único que brillaba era mi alma para gloria de Dios, pues, momentos antes había pasado por el convento y me había confesado. Hasta ese día no volví a saber nada de mi familia y ni ellos de mí. Mi hijo había alcanzado a escapar de las manos de las autoridades, fue la última vez que lo vi.

El 15 de agosto, como solía hacerlo todos los días, recé el santo rosario con los otros presos, y cuando estábamos rezando la salve, entraron las autoridades, nos empezaron a sacar de ese lugar hacía una playa, y siendo aproximadamente las 5:00 a.m. pasadas, nos colocaron a todos en fila india y de repente, empezaron a disparar. En mis adentros sólo pensé “las balas me darán el grito de victoria”.



Don Fructuoso Pérez Márquez



"SOR SAN JOSÉ", HIJA PREDILECTA DE DOMINGO

Fr. Sergio Stiven Leal Mesa, O.P.

Y ahí estaba yo, encerrada en un lugar que tenía la apariencia de un calabozo oscuro y alejado, cual foso digno de la muerte de los grandes mártires de nuestra Iglesia, atravesando una noche más de zozobra, sin saber qué prácticas mezquinas me esperaban la mañana siguiente por parte de mis verdugos.

Mi compañía eran las innumerables blasfemias y repetidas amenazas de muerte que proferían estos hombres de corazón pedregoso, solo por llevar en el pecho la imagen de mi Señor crucificado y rezar el santísimo rosario a Nuestra Señora para hallar paz en mi corazón ante la inminente partida de este mundo.

Sin solución alguna, recordaba la vida y obra de mi padre santo Domingo de Guzmán, quien oraba de día y de noche por la salvación de las almas, y rogaba su intercesión para que en mi pobre carne me fuese dada la asistencia del Espíritu Santo para no doblegar ni maldecir a mi amado Esposo Jesucristo.

Cuando los golpes se hacían más fuertes y seguidos, era donde más me aferraba al crucifijo de mi pecho para alabar al Señor por sus grandes proezas y le rogaba perdonase a estos hombres por sus malas acciones.

¿Y qué recibía a cambio? Maltratos, golpes e insultos; uno tras otro. ¿Qué consuelo me quedaba? Solo podía pensar en los dolores de mi Señor camino al calvario, su agonía en el huerto de los Olivos, la tristeza que embargaron sus ojos al ver cómo los suyos lo abandonaban.

Así me hallaba y así me sentía en este suplicio: magullada y con lágrimas en mi rostro que se confundían con las gotas de sangre que bañaban mi cuerpo y teñían mi túnica. Una cosa pedía a mi Señor esa noche: que me diera las fuerzas necesarias para llegar a mi hora final en pie.

¡Oh, noche oscura! Tú que vigilaste el reposo de mi gran amado en el sepulcro y vienes a nosotros en los momentos de tribulación

para recordarnos la vida en un soplo. Tú, fiel testigo de lo caduco que somos y de la pequeñez de nuestra existencia ante el eterno presente de mi Señor. Esta noche siento venir mis años como ángeles en la presencia de la sagrada Eucaristía y me sorprende ver cómo estos bellos serafines me van revelando cada instante

de los que no creía tener conocimiento alguno.

El día de mi nacimiento otorgaba el esbozo de mi existencia y misión en este mundo, pues para esa fecha la santa Iglesia hace memoria del profeta Elías, quien murió de edad avanzada como mártir bajo Manasés, según la tradición judía. Y el día escogido para morir al pecado original, se celebra la memoria de los santos Nereo y Aquiles, mártires romanos del siglo III, decapitados durante la persecución anticristiana del emperador Diocleciano.

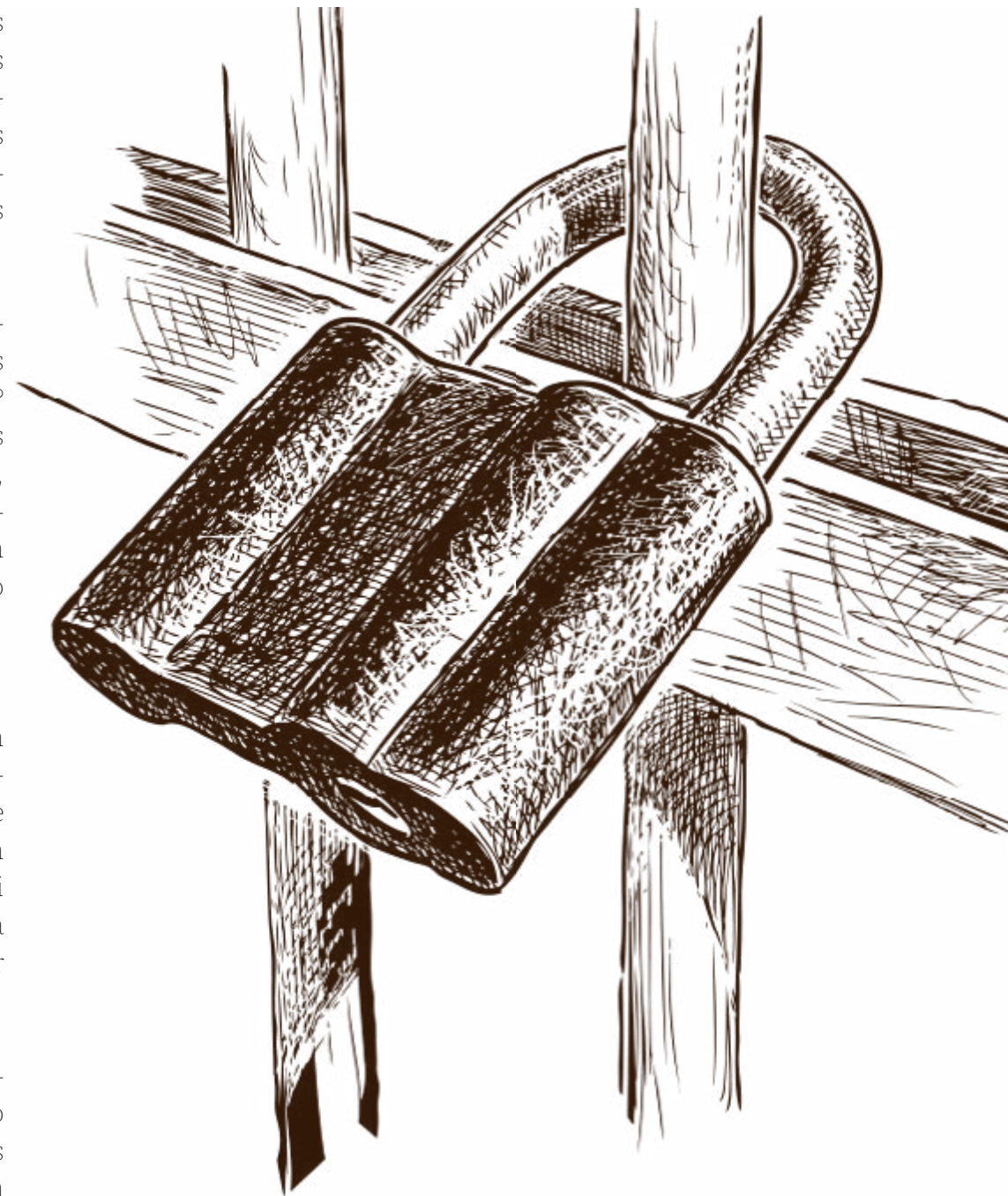
Era el año 1860, bajo el sonido de las campanas, el agua caía sobre la cabeza de una tierna bebé, otorgando un ambiente solemne al compás de la sonrisa de sus padres. Estaba siendo bautizada y escuchaba cómo mis padres y el cura párroco pronunciaban mi nombre: Isabel Ascensión Sánchez. Era la parroquia Santa María la mayor de mi bella Huéscar.

Mi madre daba gracias a Dios porque su tierna bebé había nacido bajo la protección de la Santísima Virgen, pues el nueve de mayo la oyó llorar por primera vez y cuatro días después volvía a escuchar tan sublime melodía mientras el agua bañaba su cabecita. Pero el ángel no tardó en hablarme y me explicaba que esos días eran la profecía de una vida inocente con un destino nefasto. Consternada, el ángel siguió mostrando hechos de mi vida. A tan solo medio año de haber

sido bautizada, recibía una nueva gracia por el sacramento de la confirmación. El Espíritu Santo soplabla vientos de renovación en aquella pequeña, que con el tiempo se configuraría como hija predilecta de Domingo. No contento Dios con escogermela para tan valiente misión, me concedió de manos de la Santa Madre de mi Señor las grandes virtudes de Nuestra Señora, pues veía cómo iba creciendo en humildad, obediencia, silencio y laboriosidad.

Con todas estas "Diosidencias", el Señor mereció iluminarme el camino de mi santa vocación, bajo las huellas del varón Evangélico de Caleruega, quien me sedujo con su peculiar estilo de vida: hablando con Dios y de Dios en todo momento. Era el año de 1884 cuando decidí transformar mi vida al hacerme monja de la Orden de Predicadores. ¡Recuerdo tan bien ese día! Estaba motivada, ansiosa, alegre, pero no sabía si la emoción era más porque se acercaba mi cumpleaños número 23 o si en realidad estaba llorando desbordadamente porque dejaba atrás a mi familia.

El ángel me mostró cómo fue el descubrimiento de mi vocación dentro de la vocación, puesto que, si mi corazón ardía intensamente por mi amado Jesucristo y me sentía amparada por el maravilloso manto de Nuestra Señora, debía aceptar y configurar mi vida religiosa al estilo de san José. Sin vacilar, tomé la decisión de añadirlo a mi nombre de bautismo como apellido religioso.



Desde entonces los frailes y las demás monjas comenzaron a llamarme “sor san José”.

Los años transcurrieron y comencé a ejercer mi predicación con los jóvenes, así que les dedicaba gran parte de mi tiempo y les enseñaba todo lo que estuviera a mi alcance para acercarlos cada vez más a Dios. Durante mis largas jornadas de oración, clamaba al Señor que tuviera compasión de tantas personas que sufrían angustia y pena por sus desoladas vidas.

Guardé silencio solemne cuando el ángel me reveló el momento en que todas las religiosas, nos vimos obligadas a abandonar el monasterio por las persecuciones que buscaban lastimar la comunidad y nuestra integridad como monjas. Era la tarde del 4 de agosto de 1936. Recordaba cómo esta



Sor Ascensión Sánchez Romero de San José

época de vandalismos y saqueos me llevaron a la casa de mi sobrina Ascensión Reche, lejos del calor de mis hermanas y la vida regular del monasterio.

El tiempo fue pasando y el reloj alteró el alioj de mi vida. Los años fueron tiñendo de blanco mi cabello y con ellos el culmen de mi vida, que poco a poco se asomaba por la ventana. Así, a mis 76 años, siendo 16 de febrero de 1937, fui apresada por los perseguidores.

En un abrir y cerrar de ojos volví a la cruda realidad en la que me encontraba. No pude conciliar el sueño. El cuerpo me dolía. Todo se tornó oscuro y silencioso. Las horas fueron pasando y el sol iluminó con tanta hermosura los cielos españoles. Era el prelude de mi pascua. Mi corazón sentía cómo se abrían las puertas del cielo.

Un patadón de mis verdugos me sacudieron del éxtasis místico y me obligaron a subirme a un camión con los demás presos que tenían en su poder. Intenté levantarme por mi cuenta, pero el cuerpo no me respondía. Con una mirada clamé auxilio a estos hombres para poder cumplir con la muerte que tenían reservada a esta humilde sierva. Y así fue, los maltratadores me recogieron con un guiñapo y, como si fuese mercancía, me lanzaron al camión.

Al llegar al cementerio, los malvados nos fueron bajando uno a uno, fusilándonos en mi presencia. El dolor embargaba

mis ojos y la tristeza marcaba con cierta compasión cada arruga de mi rostro al ver cómo los asesinaban sin justa causa. Aunque no pude abrazar por última vez a mi sobrino, con una mirada le otorgué mi bendición. Al instante fue fusilado.

Ha llegado la hora. Quedando de última, mis verdugos quisieron darme una muerte diferente. Alabé con creces a mi Señor al darme cuenta de que mi sentencia estaría marcada por la herida mortal de una gran piedra.

¡Oh, bendito martirio! Estos hombres se reconocen dignos de conceder esta sentencia. Su corazón soberbio los ha hecho creerse Dios, estar inmaculados y tener la potestad de apedrear a esta indigna sierva. ¡Oh, maravillosas rocas que acariciaron mis sienes! Gracias por recordarme hasta en mi último suspiro de que mi vida fue construida sobre roca, la piedra angular de mi ser: ¡mi amado Jesús!

Luego de 85 años, mis hermanos de comunidad en aquellos momentos dolorosos para la Iglesia y para mi querida España, hicieron que fuéramos elevados a los altares. No me congratulo de ello. Me reconozco indigna de tan grande honor, pero sé que con esto, serviremos como ejemplo de una vida en Dios y como una razón de vivir la fe sin miedos. No en vano clamaba nuestro Padre Domingo antes de morir que nos sería más útil desde el cielo. Ahora doy fe de tan noble verdad.



UN ALMA, UN CORAZÓN, UNA RESPUESTA: UNA VIDA

Daniel Sierra Ocampo

Desde niño me apasionó mi fe. En la sangre llevo el tinte de mi devoción y mi fervor. Todo inició en Campo de Criptana (Ciudad Real, España), a los pies de los grandes molinos de viento con los que batallaba El Quijote en la obra de Miguel de Cervantes. Fui el primer hijo de Salvador y Amalia. A los seis días de nacido, un 15 de noviembre de 1914, fui sumergido en las aguas vivas del bautismo, y desde allí nunca perdí la llama de Cristo vivo que me consume hasta hoy.

Desde siempre he estado cobijado por el remanso de la Iglesia y ello me ha marcado hasta el punto de entregarlo todo a ella. Fui educado con cariño por religiosas y sacerdotes que imprimieron en mi corazón el amor por Dios. Con su ejemplo de vida ahondaron el mar espiritual en el que me sumergía para contemplarlo a Él y, sobre todo, eso me impregnó del aroma con el que ellos vivían entregando su vida toda al dueño de la creación.

Recuerdo que el ejemplo de mi padre, que era médico, me arrastraba a querer ser como él,



poner mis manos al servicio de los demás, quería sanar el dolor de aquellos que se acercaran a mí, anhelaba poder dar alivio y tranquilidad a quienes se turbaban y se retorcían por no encontrar el antídoto a su enfermedad, pero asimismo, quería ser como fr. Francisco, un fraile sencillo que oraba día y noche y celebraba con tanto fervor la eucaristía, de él aprendí a amar la presencia de Cristo en el altar. Pero, sobre todo, quería imitarlo en el don de la paciencia, escuchaba y nos aconsejaba, sentía que era el mismo Jesús quien nos apacentaba como un pastor a sus ovejas...

Comunidad conventual, convento la Asunción de Calatrava de Almagro, España - 1936 (Antes de la ejecución de los 26 mártires)



¿Qué ser primero? ¿Cómo fusionar mis dos ejemplos de vida?

Elegí primero tomar un curso de medicina en Madrid, como mi padre, y servir mientras mi corazón pedía más que una ayuda para los cuerpos... Al fin y al cabo, mi padre siempre me dijo que en mí veía 'un alma escogida, inclinada hacia lo espiritual.' Al año de haber terminado el curso de medicina y luego de haber tomado mis vacaciones de verano junto a mi familia, me convencí, me decidí y me dije a mí mismo: *Lejos de Dios todo lo demás no es sino irrisoria fruslería que traba el flujo de la vida* y opté por ser jesuita, a quienes conocí durante mi paso por Madrid. Mi corazón ya no anhelaba tener conocimientos para curar cuerpos, sino para sanar almas y eso perfectamente encajaba con mi decisión: ser religioso de la Compañía de Jesús.

En medio de todo esto, recordé el inmenso cariño con que en mi alma fue infundido el cariño por el misterio de la Anunciación y Encarnación del Verbo Eterno. Las Hermanas Dominicanas de la Anunciación, desde mi tierna infancia, lograron grabar en mi mente y mi corazón aquellas palabras con que todas las mañanas orábamos al iniciar las clases: *Angelus Domini nuntiavit Mariæ*. Ello constituyó para mí un profundo signo de veneración a aquellos primeros murmullos de Dios en mi vida, acompañados de su Madre santísima... Y sin mediar más, pedí dirección de fr. Francisco y opté mejor por ingresar a la Orden de Predicadores y presentarme como novicio para clérigo. Su ayuda fue inmediata y tal fue mi

sorpresa, que en poco tiempo ingresé al Convento de Nuestra Señora del Rosario de Madrid el 2 de noviembre de 1934.

Era como si el mismo Jesús hubiera hablado con los frailes del convento para recibir a un nuevo hijo en sus aposentos. Así pues, éramos muchos hijos a quienes el Señor había llamado y como curiosidad, yo era el único fraile novicio que aspiraba al sacerdocio, tal vez ha de ser que mi amor por la eucaristía era tal, que quería como Jesús, entregar mi vida por los demás. Los otros frailes novicios, que eran bien recibidos también, deseaban ser hermanos cooperadores, querían ponerse al servicio de la comunidad. Yo, por mi parte, quería ponerme al servicio de Dios y de su pueblo.

Ante tantas sorpresas gratas, recuerdo una con mucha alegría:

El 8 de septiembre de 1935, fiesta de la natividad de la santísima Virgen María, en el Convento de la Asunción de Calatrava en Almagro, tomé el santo hábito dominicano: blanco y negro, vida y muerte. Desde el primer momento me sentí tan lleno de plenitud por encontrarme allí, que a medida que pasaba el tiempo, me sentía cada vez más seguro de que ese era el lugar que Dios tenía destinado para mí y donde Él quería que mi vida fuese entregada como ofrenda por la salvación de las almas.

Estaba tan feliz de parecerme a tan doctos y fervientes santos, al menos en lo exterior, que daría

pensar en tales consideraciones.

Con mis hermanos novicios, todas las tardes después del almuerzo en el refectorio, íbamos por los claustros del convento rezando el santo rosario: ¡Qué oración más bella! ¡Qué paz me trae repetir constante y sonantemente: *Ave María, gratia plena, Dominus tecum!*

En una de esas ocasiones en que el murmullo del avemaría llenaba los pasillos del ambiente conventual, llegó el padre maestro a informarnos que en el país se había ocasionado un golpe de Estado debido al inconformismo por quienes subieron al poder... Pidió nuestra oración y así, sin saber qué iba a suceder, nos acogimos a la voluntad de Dios.

hasta la vida por nunca perder este amor que siento por la Orden y con el que diariamente entonamos en el coro: *Deus meus, in auxilium meum respice: Domine, ad adiuvandum me festina*. Sentía que abrir mis labios con esta aclamación, elevaba al cielo la súplica de mi alma: 'Dios mío, dignate a socorrer mi alma en aflicción y no abandones a este pobre joven del peligro de morir sin tu auxilio'

Raramente, desde que en silencio contemplo todo lo que me rodea, el claustro, la celda, el hábito, mis hermanos y los demás frailes, la idea de morir me visita y pensar en ella me trae un consuelo más que un terror. Sé que Cristo resucitado me tomará consigo cuando entregue mi vida en sus manos, pero aún soy muy joven para

Quién iba a pensar que tan pronto Dios permitiría que sus hijos vivieran en carne propia los suplicios de su pasión. Debido al golpe de Estado, en verano de 1936, unos anarquistas habían tomado la ciudad, gobernando y militarizando todo por mano propia. Debido al gran peligro que corríamos, el padre prior, el superior y el maestro decidieron adelantar las vacaciones de algunos frailes a sus lugares de origen, aproximadamente la mitad del convento. Antes de partir la mitad restante y algún tiempo después, la Iglesia de la Madre de Dios fue vandalizada e incendiada y aquello resultó siendo un atentado directo a nuestra fe. Sin amedrentarnos, afrontamos aquello y nuestro convento fue



el siguiente en ser foco de molestias: nos pedían abandonarlo y a nosotros nos arrestaron por ser objetores de conciencia en la ciudad de Almagro... Pero, *¿cómo, si solamente éramos frailes?* ¡Pues sí! Éramos luz y sal en medio de la sociedad y ello enfadaba profundamente a quienes deseaban una 'nueva España'... ¡Pero si no somos cizaña, al contrario, somos trigo que se deja caer en la tierra para dar nuevo fruto!

Ellos no lo comprendieron y poco a poco nos diezmaron: *Pater dimitte illis, non enim sciunt, quid faciunt.*

Ahora, aquí, con mis pies descalzos, mis ojos llenos de lágrimas y siendo empujado por la boca de fuego de un rifle, mientras mi boca musita el avemaría, dejo mi destino en manos de Dios..."

Llegado el momento del martirio, me arrodillé y extendiendo mis brazos en forma de cruz, miré fijamente a quién me iba a disparar exclamando con un grito sordo: ¡Viva Cristo Rey! caí al suelo de inmediato.

He aquí el testimonio de vida de fr. Antolín, quien antes de ser fusilado, tomó con sus manos sus anteojos, necesarios para poder visualizar todo a su alrededor y retirándolos de su rostro se los dio a sus verdugos por si a alguno le servían.

Su testimonio de vida ha traspasado la frontera del tiempo y del



fr. Antolín Martínez-Santos Ysern, O.P.

espacio, llegando hasta nuestros días con la premisa de la santidad bañada en la sangre del Cordeiro inmaculado. Su beatificación junto a los otros 26 frailes dominicos nos conceda a nosotros la valentía de asumir la fe en carne propia, pues pese a sus atroces muertes, la fe pudo más que sus asesinos.

NOVICIOS 2022





Fr. Jeison Steven
Bolívar Quiñónez, O.P.



Fr. Sergio Stiven
Leal Mesa, O.P.



Daniel Sierra
Ocampo

